# Axayácatl, poeta y señor de Tenochtitlan


Miguel León-Portilla




# ESTUDIOS

## DE CULTURA NÁHUATL



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

VOLUMEN VI MÉXICO, 1966

# AXAYÁCATL, POETA Y SEÑOR DE TENOCHTITLAN *

Por MIGUEL LEÓN-PORTILLA

No sólo Tezcoco tuvo algunos de sus mejores poetas entre sus reyes y gobernantes. También Tenochtitlan conoció la inclinación a la poesía como atributo de más de un *tlatoani* o supremo señor. Es cierto que la gran mayoría de los cantares netamente aztecas que se conservan han de atribuirse a autores para nosotros anónimos. Pero también es verdad que conocemos los nombres y algunos rasgos de las vidas de los más famosos forjadores de cantos del Pueblo del Sol. Entre ellos están el sabio Tochihuitzin Coyolchiuhqui, "el hacedor de cascabeles", descendiente de Itzcóatl; Macuilxochitzin, la poetisa, hija del gran consejero Tlacaélel, y finalmente, el "cantor de la amistad", el famoso guerrero Temilotzin. Y no son éstos los únicos. Se conservan los nombres de otros cuantos poetas, asimismo de Tenochtitlan, como Teoxímac y Nohnohuiatzin.

Volviendo a quienes alcanzaron el rango de supremo señor o *tlatoani,* se dice en las fuentes que fueron forjadores de cantos Motecuhzoma Ilhuicamina, Axayácatl, Ahuítzotl, así como el desafortunado Motecuhzoma II, Xocoyotzin. Aquí vamos a ocuparnos de Axayácatl, de quien se conservan dos poemas particularmente bellos, el primero, recordación de los ancestros, y canto triste el segundo, tras la única derrota que conocieran los aztecas en los días de su esplendor.

Nos dice el historiador Chimalpain que Axayácatl fue hijo del príncipe azteca Tezozomoctzin y de una señora de Tlacopan llamada Huitzilxochitzin.[1] Sus padres, conviene subrayarlo, no fueron reyes de Tenochtitlan. Tezozomoctzin, que era hijo de Motecuhzoma Ilhuicamina, aunque no fue *tlatoani,* tuvo en cambio tres hijos que sí llegaron a serlo, Axayácatl, Tízoc y Ahuítzotl. Y curiosamente, como lo nota el cronista azteca Alvarado Tezozómoc,

* El presente estudio forma parte del libro *Trece poetas del mundo azteca* del mismo autor, y que será publicado dentro de la serie de monografías de Cultura Náhuatl del Instituto de Investigaciones Históricas.

[1] Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, *Sixième et Septième Relations,* publiés et traduites par Remi Simeon, Paris, 1889, p. 108.

siendo Axayácatl el más joven, fue el primero en alcanzar la suprema dignidad, gracias a la insistencia del poderoso y ya anciano consejero Tlacaélel.[2]

No sabemos la fecha exacta del nacimiento de Axayácatl, aunque podemos conjeturarla si recordamos que a lo largo de su vida se repite siempre, aun pocos años antes de su muerte, como en el caso de la guerra contra los matlatzincas en 1474, que "era mozo y de poca edad".[3] Si pudo tener entonces escasos veinticinco años, cabe decir que debió haber nacido hacia el año 9-Casa o sea hacia el de 1449.

La elección de Axayácatl como *tlatoani* de los aztecas tuvo lugar en 1468. A juicio de Tlacaélel, y contándose con el parecer de Nezahualcóyotl, se confiaba así el mando supremo a un "mancebo valeroso",[4] de quien podía esperarse lo mejor. No pensaron esto mismo sus hermanos mayores, Tízoc y Ahuítzotl, los que bien pronto hicieron público su descontento, según lo consigna Alvarado Tezozómoc:

> "Ellos, los hermanos mayores, en nada estimaban a Axayácatl, el menor, y hacían menosprecio de las conquistas de los mexicas en cualquier sitio, cuando Axayácatl las acometía y cautivaba en ellas prisioneros... Y decían, ¿acaso es verdaderamente un hombre Axayácatl? ¿Acaso sabe hacer cautivos en la guerra...?"[5]

Pero, como el mismo cronista azteca lo afirma a continuación, "aunque Axayácatl era el menor, fue, sin embargo, un gran guerrero que había vencido a los huexotzincas. Por eso a él se le eligió para gobernar primero... aquí en Tenochtitlan".[6]

A lo largo de los trece años de su reinado pudo Axayácatl desvanecer con hechos las intrigas de sus hermanos y confirmar la opinión de "mancebo valeroso" que de él habían tenido Tlacaélel y Nezahualcóyotl. En tres guerras verdaderamente importantes para la nación azteca había de participar Axayácatl, la primera contra sus vecinos de Tlatelolco, la segunda con los ma-

[2] Tezozómoc, Hernando Alvarado, *Crónica Mexicana,* Editorial Leyenda, México, 1944, p. 174-175.

[3] Durán, fray Diego de, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme,* 2 vols. y atlas, México, 1867-1880, t. I, p. 275.

[4] *Ibid.,* t. I, p. 255.

[5] Tezozómoc, Fernando Alvarado, *Crónica Mexicáyotl,* Instituto de Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, 1949, p. 115-116.

[6] *Ibid.,* p. 116-117.

tlatzincas de la región de Toluca y la última contra los purépechas de Michoacán. Y si bien es cierto que en la última Axayácatl hubo de conocer la derrota, en todas actuó siempre con la inteligencia y valentía de esforzado capitán. Una breve recordación de estas tres campañas emprendidas por Axayácatl, así como de otros hechos que hablan de su sentido religioso y de su afición por las artes, ayudará a conocer un poco más la fisonomía espiritual de este *tlatoani* azteca que también llegó a situarse entre los poetas más distinguidos del Pueblo del Sol.

Vieja era la rivalidad que existía entre Tenochtitlan y la que llamaremos "ciudad gemela" del vecino islote de Tlatelolco. Al tiempo de la elección de Axayácatl, gobernaba en Tlatelolco Moquihuixtli, el cual, entre otras cosas, era cuñado del nuevo señor de los aztecas. Pero si en algunos casos la relación de parentesco puede tener sus ventajas, en éste vino a ser principio de nuevas dificultades y finalmente ocasión de una guerra declarada.

Abundante información encontramos en las historias indígenas acerca de los motivos que hicieron resurgir las antiguas rencillas de los pueblos hermanos de Tenochtitlan y Tlatelolco. A Moquihuixtli se le había hecho imposible la vida en compañía de Chalchiuhnenetzin, su esposa, hermana de Axayácatl. Tenía ésta a sus ojos no pocos defectos, entre otros, un tan mal aliento que volvía insoportable cualquier contacto con ella. Consecuencia de esto fue que el señor tlatelolca afrentara de continuo a la reina y sin recato buscara solaz con sus numerosas concubinas. Ofendida Chalchiuhnenetzin, cada vez con más frecuencia hacía llegar sus quejas a su hermano Axayácatl. Motivo agravante fue también por ese tiempo, como lo refiere Durán, que "unos mancebos traviesos", hijos de principales aztecas, después de trabar amistad en el mercado de México con doncellas de Tlatelolco, al acompañarlas de regreso a su casa "las trataron con mucha deshonestidad, violándolas la puridad y entereza de sus personas".[7]

En el año 7-Casa, 1473, la guerra contra Tlatelolco fue un hecho. Siguiendo el consejo de Tlacaélel y asistido por otros capitanes, Axayácatl se puso al frente de las huestes aztecas. La lucha se decidió bien pronto. Huyeron los tlatelolcas y Moquihuixtli con su lugarteniente Tecónal se refugió subiendo a lo más alto del templo de su ciudad. Hasta allí les dio alcance Axayácatl y "entrando osadamente... los mató y sacó arrastrando y echó por

[7] Durán, Fray Diego de, *Op. cit.*, t. I, p. 256.

las escaleras abajo del templo..." [8] La victoria de Axayácatl trajo consigo la incorporación total de Tlatelolco que se convirtió en una porción más de México-Tenochtitlan.

Tan sólo un año después, en 1474, se le presentó a Axayácatl nueva ocasión de demostrar su valor. Cierto es que para ello hubo de interrumpir otras formas de actividad que mucho le interesaban. Las antiguas doctrinas religiosas, la poesía y la ciencia del calendario, que le eran ya familiares desde sus días de estudiante en el *Calmécac,* seguían cautivando su atención. El mismo Durán nos dice que, poco antes de la guerra contra los matlatzincas, Axayácatl "estaba ocupado en labrar la piedra famosa y grande, muy labrada, donde estaban esculpidas las figuras de meses y años, días y semanas, con tanta curiosidad que era cosa de ver..." [9] Y además de seguir así muy de cerca el trabajo de los canteros que estaban por terminar la que hoy conocemos como "piedra del sol", no es inverosímil suponer que, escapándose de otras tareas inherentes a su cargo, consagrara algunas horas a su afición por la poesía. Es posible que al menos uno de los poemas que de él se conservan, aquel en que hace recordación de su padre y de otros antepasados ilustres, fuera compuesto por Axayácatl durante este tiempo.

Pero la obligación de la guerra, misión del Pueblo del Sol que tenía por destino ensanchar los dominios de Huitzilopochtli y mantener con el líquido precioso la vida del astro de quien dependía la existencia de la edad presente, movió una vez más a Axayacátl a ponerse al frente de sus ejércitos. Sin detenernos aquí en los pormenores de la guerra contra los matlatzincas, diremos únicamente que en ella quedaron de nuevo victoriosos los aztecas guiados por Axayácatl. Sólo que esta vez, al conquistar el triunfo, Axayácatl recibió grave herida en un muslo. Este episodio, en cierto modo trivial, dio sin embargo tema a la poetisa azteca Macuilxochitzin, que, al recordarlo, supo destacar, asimismo, el valor de Axayácatl, de quien afirma que "las flores del águila quedaron en sus manos..." ya que él "por todas partes hizo conquistas".

Se conserva también otra anécdota de esta guerra que ofrece buen testimonio, tanto de la modestia de Axayácatl como de su hondo aprecio por el arte del bien decir. Estando ya para co-

[8] *Ibid.,* t. I, p. 269.
[9] *Ibid.,* t. I, p. 272.

menzar la batalla contra los matlatzincas, pidieron varios capitanes aztecas a Axayácatl que les hiciese una plática y arengase a las tropas. El joven señor, perdida tal vez la paz interior ante la lucha inminente y con conciencia clara del valor de la palabra en momento tan decisivo, encargó a varios ancianos que en su nombre hicieran llegar su pensamiento a los guerreros. He aquí el testimonio del cronista que refiere este episodio:

> "Los más principales generales de los ejércitos pidieron al rey Axayácatl que hiciese una plática a todo el ejército, el cual, como era mozo y de poca edad, no quiso por su propia persona hacella, e encomendó a los viejos ancianos que de su parte lo hiciesen. Y estando él presente junto al retórico que hacía la plática, por dar autoridad a su palabra les dijo..."[10]

En el recuerdo del pueblo quedó así aunada la modestia de Axayácatl con su triunfo sobre las fuerzas matlatzincas. Las celebraciones de la victoria habrían de regocijar todavía más a Tenochtitlan. Con renovado entusiasmo el ya muy viejo consejero Tlacaélel concibió entonces la idea de emprender otra conquista que él tenía por de suma importancia. Era necesario someter a las gentes de Michoacán y, con los cautivos que de allí habían de traerse, podría inaugurarse al fin el recinto donde debía colocarse la piedra del sol, obra en que tanto empeño había puesto Axayácatl.

Hacia 1476, Axayácatl y sus aliados con un ejército que, según las crónicas, estaba formado por veinticuatro mil hombres, marcharon con rumbo al occidente, hacia la región poblada por los renombrados purépechas. Según el historiador Chimalpain, quien dicho sea de paso, sitúa esta guerra como anterior a la emprendida contra los matlatzincas, Axayácatl, al frente de sus hombres, hizo esta vez uso de la palabra y les dijo:

> "Ahora nos acercaremos a Michoacán,
> sobre ellos han caído,
> habrán de caer los viejos guerreros aztecas,
> allá vendrán a exponerse al peligro,
> vendrán a terminar la obra los viejos águilas,
> el guerrero,
> el águila experimentada,

[10] *Ibid.*, t. I, p. 275.

el Huitznáhuatl,
la antigua nobleza..." [11]

Situados ya los aztecas en territorio enemigo, descubrieron por sus espías que el ejército de Michoacán era en realidad más poderoso, puesto que tenía cerca de cuarenta mil hombres. Lo imprevisto, pero también ya inevitable, sucedió entonces. Los aztecas "acometieron a los tarascos, y fue tan sin provecho la remetida, que como moscas, dice la historia, que caen en el agua, así cayeron todos en manos de los tarascos. Y fue tanta la mortandad que en ellos hicieron, que los mexicanos tuvieron por bien de retirar la gente que quedaba porque no fuese consumida y acabada..." [12]

Triste fue esta vez el regreso a Tenochtitlan. La descripción que dejaron los cronistas indígenas, tanto de la llegada de los sobrevivientes derrotados, como de las exequias y otras ceremonias religiosas que tuvieron entonces lugar, es ciertamente dramática:

"Los viejos comenzaron a cantar, y todos atados y trenzados los cabellos, con cueros colorados, señal de tener tristeza por su capitán, y como buenos soldados y amigos, hacían aquel sentimiento, ayudando con lágrimas a las mujeres, hijos y parientes..." [13]

Cierto es que Axayácatl fue confortado y consolado por los sacerdotes, los nobles y los ancianos y muy en especial por Tlacaélel. Mas no por esto se apaciguó su dolor que bien hondo se muestra en el otro poema que de él conocemos, compuesto, a lo que parece, poco tiempo después de su regreso a Tenochtitlan. En el *Manuscrito de Cantares* en el cual se incluye, aparece esta anotación por demás clara:

"Lo hizo cantar el señor Axayácatl cuando no pudo conquistar a los de Michoacán, sino que se regresó a Tlaximaloyan, porque no sólo murieron muchos capitanes y guerreros, sino que muchos se fueron huyendo..." [14]

Con la modestia que ya conocemos y en medio de su abatimiento al componer este cantar, pidió Axayacátl a un anciano

[11] Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, *Cuarta Relación,* fol. 101 r.

[12] Durán, *Ibid.,* t. I, p. 291.

[13] Tezozómoc, H. Alvarado, *Crónica Mexicana,* Editorial Leyenda, México, 1944, p. 233.

[14] *Ms. de Cantares Mexicanos,* Biblioteca Nacional de México, fol. 73 v.

le ayudara a hacerlo puesto que él desconfiaba de su propia capacidad como poeta. "Canto de ancianos", *Huehuecuícatl* se tituló su obra. En ella, si bien se eleva el llanto por la derrota, se hace también exhortación a los guerreros valientes para que recobren el ánimo y recuerden que, quienes son conquistadores de tiempos antiguos, deben ya volver a la vida y al triunfo.

Algunos años sobrevivió Axayácatl a este infausto suceso. En ellos tuvo ocasión de alcanzar triunfos menores como el que logró contra las gentes de la región poblana de Tliliuhquitépec. De gran satisfacción debió de serle también contemplar la solemne ceremonia que se hizo al inaugurar al fin la piedra del sol. Pero la tragedia de esa derrota, la única conocida por el pueblo de Huitzilopochtli, así como las murmuraciones e intrigas que ésta volvió a despertar, habían afligido en tal forma a Axayácatl, que nunca pudo ya recuperarse del todo. Poco después, hacia el año de 1480, Axayácatl cayó gravemente enfermo.

Sintiendo cercana su muerte, ordenó entonces se esculpiesen en las peñas de Chapultepec tanto la efigie de Motecuhzoma Ilhuicamina como la suya propia. Y refiere Durán que, concluidas éstas el año siguiente, 2-Caña, 1481, "se hizo llevar a ver su estatua y a la vista de los señores se despidió de todos sintiéndose muy al cabo. Y dice la historia que no pudo tornar a México vivo y que murió en el camino en las mesmas andas que le traían. Murió mozo y de muy poca edad. Reinó trece años, y antes que muriese, murió Nezahualcóyotl, señor y rey de Tezcuco. . ." [15]

Quizás como único consuelo en sus últimos días pudo tener Axayácatl alguna vaga presunción de que entre sus varios hijos, al menos alguno habría de llegar al rango supremo de *tlatoani*. Por la historia sabemos que inmediatos sucesores suyos fueron sus hermanos mayores Tízoc y Ahuítzotl, los que tanto habían murmurado de él. Pero, al fin, no uno sino dos de sus hijos llegarían a sucederle y por cierto en circunstancias más dramáticas aún que las que trajo consigo la derrota en Michoacán. A Motecuhzoma II y a Cuitláhuac, hijos de Axayácatl, tocaría contemplar los últimos días de grandeza de la nación azteca.

Ya hemos mencionado cuáles fueron las probables circunstancias en que compuso Axayácatl los dos poemas que se le atribuyen en las fuentes indígenas. Cantos de recordación son ambos. A través de ellos puede vislumbrarse algo del alma de Axayácatl, el

[15] Durán, Fray Diego de, *op. cit.*, t. I, p. 302.

joven *tlatoani* que no alcanzó a cumplir cuarenta años. Quizás ante los ataques de sus hermanos mayores que lo increpaban por ser joven, quiso él ahondar en el pasado, vinculándose con plena conciencia al tronco de sus ancestros.

"Quienes antes estuvieron con nosotros", nos dice, en el primero de sus poemas, "viven ahora en la región del color rojo", en donde existe el saber. Grande fue Itzcóatl, el vencedor de las gentes de Azcapotzalco. "Eras festejado, divinas palabras hiciste", exclama Axayácatl, pero "a pesar de ello, has muerto". Ancianos y jóvenes, todos marchan "a la región donde de algún modo se existe". El Dador de la vida "a nadie hace resistente sobre la tierra". También Motecuhzoma, el abuelo de Axayácatl, al igual que el sabio Nezahualcóyotl y Totoquihuatzin, señor de Tlacopan, "nos dejaron huérfanos". Y aludiendo más tarde a su propio padre, el príncipe Tezozomoctli, y como dirigiendo esto a sus propios hermanos, Tízoc y Ahuítzotl, repite Axayácatl que también él "nos abandonó" y que por ello "a solas da salida a su pena".

Si nada hay estable en la tierra, si los señores y los príncipes, quienes en verdad fueron grandes y fuertes, "han dejado huérfanas a la gente del pueblo, a las ciudades", ya no parecen tan extrañas la inquietud y el temor. ¡Si al menos los nuevos gobernantes pudieran consultar a quienes ya se han marchado! Frente al misterio de la desaparición de los hombres, lo único que queda es esforzarse y volver sobre sí mismo para encontrar el camino aquí sobre la tierra.

Las preguntas finales de este primer poema de Axayácatl, que sin duda recuerda las de otros muchos forjadores de cantos del mundo náhuatl, si son testimonio de tristeza, son también prueba del hondo sentido de reflexión alcanzado por algunos de los sabios del México antiguo: "¿Quién acerca de esto pudiera hacerme saber? Por esto yo a solas doy salida a mi pena."

"Canto de los ancianos" se titula la segunda composición que nos dejó Axayácatl. Ya vimos antes que, tras la derrota sufrida por los aztecas en su intento de someter a los señores de Michoacán, Axayácatl compuso un cantar ayudado por un anciano poeta. Con el propósito de hacer confesión del fracaso y recordación triste de los capitanes y guerreros que allí perecieron, se une la exhortación a recobrar el ánimo y la palabra dirigida a "los conquistadores de tiempos antiguos que deben volver a vivir".

Valiéndose de la misma metáfora que usó Nezahualpilli en su poema acerca de la guerra, también Axayácatl compara a ésta

con la embriaguez: "Nos llamaron para embriagarnos en Michoacán, en Zamacoyáhuac. . ." "¡Vinimos a quedar embriagados!"

Dramática es la imagen de la derrota, más que hondamente sentida por los aztecas ya que fue la única que conocieron en los tiempos prehispánicos: "Cuando vieron que sus guerreros ante ellos huían, iba reverberando el oro y las banderas de plumas de quetzal verdegueaban, ¡que no os hagan prisioneros! ¡que no sea a vosotros, daos prisa!" Pero volviendo sobre sí mismo, el gran señor de Tenochtitlan exclama entonces: "Yo el esforzado en la guerra, yo Axayácatl, ¿acaso en mi vejez se dirán estas palabras de mis príncipes águilas. . .? Estoy abatido, soy despreciado, estoy avergonzado. . ."

Axayácatl fue hombre de rostro y corazón doblemente atormentados. En el primero de sus poemas confesó incertidumbre y angustia frente al enigma de la región de los muertos. Ahora aparece afligido por el desastre de la batalla que habrá de dar mucho que decir a sus antiguos rivales, sus propios hermanos. Pero si Axayácatl conoció la amargura de la angustia, en el recuerdo de sus antepasados encontró siempre nuevo ánimo. Así exclama: "Sobre la estera de las águilas, sobre la estera de los tigres, es exaltado vuestro abuelo Axayácatl. . . Aún es poderosa nuestra lanzadera, nuestros dardos, con ellos dimos gloria a nuestras gentes. . ." Y finalmente, como si se recomiera en su interior y encontrara la solución a sus preocupaciones en una cierta manera de escepticismo burlón, concluye el poema con estas palabras: "Por esto yo me río, yo, vuestro abuelo Axayácatl, de vuestras armas de mujer, de vuestros escudos de mujer. . . ¡Conquistadores de tiempos antiguos, volved a vivir!"

El rápido análisis de los dos poemas de Axayácatl permitirá quizás apreciar algo de lo que fue la trama interior de la vida del siempre joven *tlatoani* que encontró en el mundo de la flor y el canto atinada forma de expresión a sus dudas, a sus angustias y ambiciones. Si como gobernante de la nación azteca pasó por propio derecho a la historia, como poeta ha de incluirse también en la serie de los grandes maestros de la palabra nacidos en México-Tenochtitlan.

## YCUIC AXAYACATZIN, MEXICO TLATOHUANI

Zan nican temoc y xochimiquiztli tlalpan,
aci yehua ye nican,
in tlapalla quichihuan,
tonahuac onoque.
Choquiztlehuatiuh,
yece ye oncan nepan netlazalo,
ylhuicatl ytic cuicachocoa,
ica huiloan quenonamican.

Zan tonilhuizolon,
teotlatollin ticchiuh,
zan can timomiquili in itech.
In coloztetlayocotli, teicnotlamachti.
Ticchiuh.
¿O ach anca oquitto in tlacatl?
Aya in mahmana, tlatzihui.
Ayac quiyocoyan Ipalnemoa.
¡Choquizilhuitl, in yehua ya yxayoilhuitl!
Huallaocoya moyollo.
¿Zan nel ocpa huitze teteuctin?
Zan niquimonilnamiqui in Itzcoatl,
notlayocol itech aci a noyol.
¿O ach anca ciahui,
ontlatzihui in yehuan chane,
in Ipalnemoa?
O ayac tlaquahuac quichihuan tlalticpac.
¿Zan nelpan tonyazque?
Notlayocol itech aci a noyol.

Ye onetocoto,
ohuiloa ca.
In tepilhuan, in tlatoanime, teteuctin,
techyaicnoocauhtehuaque.
¡Mayan tlayocoxti, o antepilhuan!
¿Mach oc hualquinehua,
mach oc hualilotihua
can ompa ximoa?
¿In cuix oc techmatiquiuh
in Moteuczomatzin, in Nezahualcoyotzin, Totoquihuatzi?
Techyiaicnocauhtehuazque,
¡Tlayocoxti, o antepilhuan!

## CANTO DE AXAYÁCATL, SEÑOR DE MÉXICO

Ha bajado aquí a la tierra la muerte florida,
se acerca ya aquí,
en la Región del color rojo la inventaron
quienes antes estuvieron con nosotros.
Va elevándose el llanto,
hacia allá son impelidas las gentes,
en el interior del cielo hay cantos de lloro,
con ellos va uno a la región donde de algún modo se existe.

Eras festejado,
divinas palabras hiciste,
a pesar de ello has muerto.
El que tiene compasión de los hombres, hace torcida intervención.
Tú así lo hiciste.
¿Acaso no habló así un hombre?
El que persiste, llega a cansarse.
A nadie más forjará el Dador de la vida.
¡Día de llanto, día de lágrimas!
Tu corazón está triste.
¿Por segunda vez habrán de venir los señores?
Sólo recuerdo a Itzcóatl,
por ello la tristeza invade mi corazón.
¿Es que ya estaba cansado,
venció acaso la fatiga al Dueño de la casa,
al Dador de la vida?
A nadie hace él resistente sobre la tierra.
¿Adónde tendremos que ir?
Por ello la tristeza invade mi corazón.

Continúa la partida de gentes,
todos se van.
Los príncipes, los señores, los nobles
nos dejaron huérfanos.
¡Sentid tristeza, oh vosotros señores!
¿Acaso vuelve alguien,
acaso alguien regresa
de la región de los descarnados?
¿Vendrán a hacernos saber algo
Motecuhzoma, Nezahualcóyotl, Totoquihuatzin?
Nos dejaron huérfanos.
¡Sentid tristeza, oh vosotros señores!

¿Zan on in nemia noyollo?
In ni Axayaca za niquiyatemoa,
in techcahuaco in Tezozomoctli,
Notlayocol a noconayaihtoa yan zayio.
O anca in mahcehual, atloyantepetl,
huiya a inoquitquico in teteuctin,
in concauhtehuaque.
¿O ach acoc necehuiz?
¿Ach acoc huitz?
¿nechonmatiquiuh?
Notlayocol a noconayaihtoa yan zayio.

(*Ms. Cantares Mexicanos,* Biblioteca Nacional de México, fol. 29 v. - 30 r.)

## HUEHUECUICATL

Techtlahuancanotzque in Michhuacan, in Zamacoyahuac,
tihuitzmanato ye timexica:
¡Tihihuintique!
¿Quen man inticauhque in quahuehuetzin, yaotzin?
¿Quen mach in mochiuhque in mexica,
in huehuetque xoxocomique?
¡Aocac quittoa in ye tiquinquequeza ilamatzitzin!
¡Chimalpopoca! ¡ni Axayaca!
Ye ticauhque in amocolton Cacamaton.
Tlahuanoyan nontlacactica in amocolton.

Mononotztoque quauhhuehuetque,
in Tlacaelel, Cahualtzin,
quilmach acanihque iachcahua,
cancauhtiquizque teuhtli Michhuacan.
¿Anozo oncan temactlanque cuecuexteca, in tlatilolca?

In Zacuatzin, in ye Tepantzin, Cihuacuecueltzin,
in tzontecan ica, yn elelhiquiuh ica,
on teachtitoa:
¡xicaquican!, ¿tlein yaquichihua in tequihuaque?
¿aocmo mictlani?
¿aoc tlamannequi?
In oquimittaque in yaohua
imixpan hualehua,
teocuitlatl pepetzcatihuitz,

¿Por dónde anda mi corazón?
Yo Axayácatl, los busco
nos abandonó Tezozomoctli,
Por eso yo a solas doy salida a mi tristeza.
A la gente del pueblo, a las ciudades
que vinieron a gobernar los señores,
las han dejado huérfanas.
¿Habrá acaso calma?
¿Acaso habrán de volver?
¿Quién acerca de esto pudiera hacerme saber?
Por eso yo a solas doy salida a mi tristeza.

(*Ms. Cantares Mexicanos,* Biblioteca Nacional de México, fol. 29 v. - 30 r.)

## CANTO DE LOS ANCIANOS

Nos llamaron para embriagarnos en Michoacán, en Zamacoyáhuac,
fuimos a buscar ofrendas, nosotros mexicanos:
¡Vinimos a quedar embriagados!
¿En qué momento dejamos a los águilas viejos, a los guerreros?
¿Cómo obrarán los mexicanos,
los viejos casi muertos por la embriaguez?
¡Nadie dice que nuestra lucha fue con ancianas!
¡Chimalpopoca! ¡Yo Axayácatl!
Allá dejamos a vuestro abuelito Cacamaton.
En el lugar de la embriaguez estuve oyendo a vuestro abuelo.

Vinieron a convocarse los viejos águilas,
Tlacaélel, Cahualtzin,
dizque subieron a dar de beber a sus capitanes,
a los que saldrían contra el señor de Michoacán.
¿Tal vez allí se entregaron los cuextecas, los tlatelolcas?

Zacuatzin, Tepantzin, Cihuacuecueltzin,
con cabeza y corazón esforzado,
exclaman:
¡escuchad! ¿qué hacen los valerosos?
¿ya no están dispuestos a morir?
¿ya no quieren ofrecer sacrificios?
Cuando vieron que sus guerreros
ante ellos huían,
iba reverberando el oro

in zan quetzalpanitl ytlaxopalehua,
¡amech ana!
¡ma amotzin, ya xontlazacan!

In ma yehuantin telpopotzitzintin
yehua tlamacaznequi,
intla ca ye, huan yancazaoquic tiquauhchocazque,
ancazaoquic tocelochocazque,
in tiquahuehuetque.
¡amechana!
Ma amotzin ya xon tlaccacan.

Yaonotlahueliltic,
in Axayacatl,
¿Cuix ye no huehueyo
inin netlatoliz in noquapilhua?
Ayn maca yehuatl, in noxhuiuh,
can namechcahuazquiz.
Xochitl mantiuh,
ica momaquixtia in Huitznahuatl Yaotl.

Onontotolcatoc, nontlatlatlaztoc,
nochichichatoc, in nomocolton, in Axayaca.
Maximotlalican, in antequihuahque, amiyahque,
maytlecax ypan anhualcholotin, anmotlatizque,
ica ahuetzi y chiquacol
yn amocolton in Axayaca.

Ceceppa tetlaocolhuetequiti,
in yequichihua in yemexica.
Noxhuihua, in omoxcuinque,
in nahuitica yniman ic on huehueti,
chimalli xochitl tomac onmania.
Auh in nelli mexica, in noxhuihuan,
cecentecpantica, ontecpantica,
in huehuehti,
chimalli xochitl tomac onmania.

Quauhpetlapan,
ocelopetlapan,
onehuatica in amocol, in Axayaca.
Contlachinol pipitztica in Itlecatzin,
manel yhuiquentel popocatica.
Aiccehui in chimaltica,

y las banderas de plumas de quetzal verdegueaban,
¡que no os hagan prisioneros!
¡que no sea a vosotros, daos prisa!

A estos jóvenes guerreros
se les quiere sacrificar,
si así fuere, nosotros graznaremos como águilas,
nosotros entretanto rugiremos como tigres,
nosotros viejos guerreros águilas.
¡Que no os hagan prisioneros!
Vosotros, daos prisa.

Yo el esforzado en la guerra,
yo Axayácatl,
¿acaso en mi vejez
se dirán estas palabras de mis príncipes águilas?
Que no sea así, nietos míos,
yo habré de dejaros.
Se hará ofrenda de flores,
con ella se ataviará, el Guerrero del sur.

Estoy abatido, soy despreciado,
estoy avergonzado, yo, vuestro abuelo Axayácatl.
No descanséis, esforzados y bisoños,
no sea que si huis, seais consumidos,
con esto caiga el cetro
de vuestro abuelo Axayácatl.

Una y otra vez heridos por las piedras,
los mexicas se esfuerzan.
Mis nietos, los del rostro pintado,
por los cuatro rumbos hacen resonar los tambores,
la flor de los escudos permanece en vuestras manos.
Los verdaderos mexicas, mis nietos,
permanecen en fila, se mantienen firmes,
hacen resonar los tambores,
la flor de los escudos permanece en nuestras manos.

Sobre la estera de las águilas,
sobre la estera de los tigres,
es exaltado vuestro abuelo, Axayácatl.
Itlecatzin hace resonar los caracoles en el combate,
aunque los plumajes de quetzal ya estén humeantes.
No descansa él con su escudo,

conehca pahuitica tlacochtica,
in quixelotica yn Itlecatzin,
manel yhuiquentel popocatica.

In oc tonnemi tamocolhua,
y patlahuac in tatlauh, un totlacoch,
ic tiquimahuiltique in tonahuac.
Tlacazo ayaxcan in huehuetihua,
tlacazo ayaxca in huehueyotl.
Can yenica ninochoquilia, namocol, yn ni Axayaca,
niquilnamiqui nohuehueicnihuan,
in Cuepanahuaz, in Tecale, in Xochitlahuan, in Yehuaticac.
Ma ceme nican hualquizazcan
cecenteutli,
pan momaticotinican Chalco.
Cuecizqui inquincuitihuetzi oyohualli,
yequecizqui yn camilacatzoa teuhtli.

Zanamoca nihuehuetzca,
namocol,
anmocihuatlahuizan
mocihuachimal,
¡Tequihuaque huecayuh,
xinencan!

(*Ms. Cantares Mexicanos,* Biblioteca Nacional
de México, fol. 73 v. - 74 v.)

allí comienza él con los dardos,
con ellos hiere Itlecatzin,
aunque los plumajes de quetzal ya estén humeantes.

Todavía vivimos vuestros abuelos,
aún es poderosa nuestra lanzadera, nuestros dardos,
con ellos dimos gloria a nuestras gentes.
Ciertamente ahora hay cansancio,
ahora ciertamente hay vejez.
Por esto me aflijo, yo vuestro abuelo Axayácatl,
me acuerdo de mis viejos amigos,
de Cuepanáhuaz, de Tecale, Xochitlahua, Yehuatícac.
Ojalá vinieran aquí
cada uno de aquellos señores
que se dieron a conocer allá en Chalco.
Los esforzados vendrían a tomar los cascabeles,
los esforzados harían giros alrededor de los príncipes.

Por esto yo me río,
yo vuestro abuelo,
de vuestras armas de mujer,
de vuestros escudos de mujer.
¡Conquistadores de tiempos antiguos,
volved a vivir!

(*Ms. Cantares Mexicanos,* Biblioteca Nacional de México, fol. 73 v. - 74 v.)